

# ENTREVISTA A MARINA GARCÉS

Por: Isabel Carrero y Gonzalo Moncloa Allison

**Isabel Carrero y Gonzalo Moncloa:** La definición de la *posmodernidad* sigue presentando complicaciones incluso hoy en día; no obstante, si intentamos dar un paso atrás, la voluntad de clarificar este término ha oscilado desde un inicio entre aquellas aproximaciones que la definen ya sea en términos de *actitud* o bien en términos de *periodización histórica*. En un claro ejemplo, en 1982, en su respuesta a la crítica que realizó Jürgen Habermas (1980) al movimiento posmoderno, J.F Lyotard defendió la posmodernidad como una actitud, un estado del alma que no caza con una periodización histórica que articule ‘el momento posterior a la modernidad’. En esta línea, figuras como Umberto Eco, en sus *Apostillas a El nombre de la rosa* (1984), a la vez que critica el término “posmodernidad” como uno que sirve para cualquier cosa, también apunta a que esta palabra evoca una “modalidad del espíritu” antes que una categoría cronológica. Luego, ¿cómo caracterizarías a la posmodernidad, como una actitud o como una categoría que nos permite remitirnos a una época? A partir de aquí: ¿no crees que si nos privamos de una categoría histórica –como la que potencialmente puede representar el término “posmodernidad”– nos estamos privando de la posibilidad de definir aquello que nos precede y, con ello, estamos perdiendo la posibilidad de trabajar -integrándolos y superándolos- los aspectos positivos y negativos de aquel momento, de cara a un ejercicio de emancipación auténtico? Y, finalmente: ¿consideras posible aventurarnos a una tematización conceptual del término posmodernidad? ¿es necesario hacerlo?

**Marina Garcés:** Para mí el término “posmodernidad” es relevante como toma de posición que como concepto analítico o descriptivo. En este sentido sí, es una actitud, como también lo es la modernidad, que posiciona sus valores en relación a lo “antiguo”, “tradicional” o simplemente “pasado”. La posmodernidad, en todas sus variantes, también se define por tomar una posición en un después que no sólo es cronológico, en el “después” de lo moderno. Las maneras de entender ese después son muy diversas, incluso antagónicas entre sí. Y esto ha marcado los tiempos y los modos de hacer que llamamos “posmodernos”. No hay proyectos ni sentidos únicos sino el estallido del sentido de ese *pos-*. Por eso la posmodernidad es interesante como marco de apertura y de experimentación que hace suya la heterogeneidad y la irreductibilidad del sentido. Se neutraliza cuando esta heterogeneidad se convierte en un catálogo de diferencias en lo que yo llamo “las prisiones de lo posible”. Es decir, una realidad en

la que todo es posible menos transgredir lo posible, una realidad que a pesar de ser contingente se impone como necesaria. Se produce entonces una clausura de los horizontes de sentido y de la experiencia de la temporalidad que es a la que he llamado “condición póstuma”.

**I. C. y G.M.:** Uno de los aspectos que motivan el título de nuestro número monográfico -¿qué queda de la posmodernidad?- es la dificultad de tematizar nuestro tiempo presente. En este sentido, en tu libro *Filosofía inacabada* (2015) apuntabas precisamente que “ya no tenemos nombre para nuestro propio tiempo”, que ya “no sabemos cómo llamarlo”. No obstante, recientemente en tu ensayo *Nueva ilustración radical* [NIR] (2017), lo tematizas, siguiendo la fórmula de Lyotard (a saber, la de *condición posmoderna*) como la *condición póstuma*. Por ello, nos gustaría preguntarte -en primer lugar- por cuáles son las dificultades que presentan los intentos de tematizar el presente después de la posmodernidad; y, en segundo lugar, quisiéramos preguntarte por aquellos aspectos que definen nuestro momento actual, aquel que nombras como “condición póstuma”. Finalmente, ¿en qué consiste el proyecto de una “nueva ilustración radical” en estas circunstancias? ¿qué podría diferenciar al gesto “radical” en este momento concreto, frente a las disrupciones que pudieron suponer los gestos “radicales” de las distintas obras llamadas posmodernas, la de las vanguardias o aquellas llevadas a cabo en otros momentos históricos?

**M. G.:** Para mí, lo que define nuestro presente es la parálisis de la imaginación. Tenemos grandes herramientas críticas, pero no sabemos cómo movernos libremente con ellas. La imaginación no es la fantasía ni la utopía. La imaginación es el juego libre de las facultades, tal como la definió Kant y esto implica la libertad como modo de relacionarnos con lo que percibimos, con lo que sentimos, con lo que sabemos. La parálisis de la imaginación tiene como consecuencia que todo presente sea experimentado como un orden precario y que toda idea de futuro se conjugue en pasado. Se imponen, entonces, la retroutopías, por un lado, y el catastrofismo, por otro. El presente es sólo una tabla de salvación, al alcance de cada vez menos gente. Y el futuro se percibe como una amenaza. Una actitud radical, en este contexto, no es para mí una actitud totalizadora (vamos a hacer un mundo nuevo, vamos a hacer un hombre nuevo, etc) sino una actitud crítica capaz de ir más allá del desenmascaramiento ideológico del dogma apocalíptico y que va a las raíces de una imaginación política capaz de renovar los imaginarios de la emancipación. No me interesa tanto presentar esta actitud como novedosa, ya que creo que en lo humano no hay nada nunca realmente nuevo, sino como algo que “de nuevo” podemos hacer.

**I. C. y G.M.:** Siguiendo el hilo de las preguntas previas, hemos notado que al inicio del segundo capítulo de NIR, cuando apuntas a la posibilidad de enfrentar nuestra condición póstuma a través del impulso de una nueva ilustración radical, sugieres brevemente que esta ilustración podría ser “ni moderna ni posmoderna” sino situarse “fuera ya de este ciclo de periodización lineal del sentido histórico”; en suma: “una ilustración planetaria, quizá, más geográfica que histórica y más mundial que universal” (el subrayado es nuestro). Nos gustaría saber si podrías desarrollar esta propuesta. ¿Por qué sería operativo desplazarnos de categorías temporales a espaciales en orden a valorar nuestra realidad actual? Si este fuera el caso, ¿qué relación tendría este desplazamiento con aquel que tuvo lugar precisamente en la llamada posmodernidad, en la que el espacio cobró una importancia fundamental respecto a la que había tenido la *temporalidad*? Y, finalmente: sabemos que en tu último libro, *Ciudad princesa* (2018), una autobiografía en clave social, partes de una consideración del espacio que constituye a la ciudad y aquello que la articula, como sus barrios o bien aquellos lugares que han tejido comunidad; luego, ¿cuál sería el perfil de tu concepto de *espacio*?

**M. G.:** Yo no opongo el tiempo al espacio sino que propongo el desplazamiento de la mirada preminentemente histórica a una mirada geográfica. La geografía también incorpora

el tiempo, la consideración geoplanetaria de los asuntos humanos no es estática, sino también dinámica. ¿Cuántas temporalidades, entre ellas la histórica, confluyen e interactúan en la vida de la tierra, de los ecosistemas y de las sociedades humanas al mismo tiempo? Desde esta pregunta, la linealidad de una historia progresiva contada por etapas deja de tener sentido, y hay que pensar más en términos de procesos, tensiones, relaciones de fuerza, problemas, desplazamientos, etc. De la misma forma podemos hablar de las transformaciones de una ciudad y esto es lo que he intentado hacer en Ciudad Princesa: una memoria urbana que es inseparablemente una geografía humana, política y sentimental.

**I. C. y G. M.:** Desde mediados de 1990 se han elaborado distintas aproximaciones que dan por clausurada la posmodernidad. Parece que se ha avanzado en el reconocimiento de que no se puede sostener la actitud irónica permanentemente; y con ello parecen constituirse compromisos a la búsqueda de una nueva sinceridad, nuevas verdades –más sólidas, menos líquidas– con miras a la articulación de propuestas éticas y sociales, aunque sin caer en la ingenuidad de los llamados “metarrelatos” de la modernidad. ¿Consideras que estamos en ese punto? Y, si es así: ¿cómo describirías la mutación antropológica que supone un cambio de actitud en el sentido apuntado?

**M. G.:** Como parto de que las categorías no son cerradas, sino que en lo que llamamos posmodernidad lo que hay es una toma de posición conflictiva y contradictoria en sí misma, tampoco me sirve simplemente señalar un antes y un después que pueda ser totalmente cerrado. Lo que sí comparto es la necesidad de superar el momento negativo de la crítica (desencantamiento, desenmascaramiento, deconstrucción, genealogía...) para aventurarnos en una positividad del lenguaje que no caiga en el positivismo y en una afirmación de valores y de sentidos que no caiga en el dogmatismo. Creo que podemos y necesitamos hacerlo y quizá es a eso a lo que se refieren quienes quieren poner un cierre a la posmodernidad. Hay otros que también se declaran antipostmodernos o post-posmodernos, para decirlo con ironía, que lo que proponen más bien es una reacción esencialista y conservadora al componente emancipador de la posmodernidad. Hay que estar alerta, porque estas posiciones no siempre tienen el aspecto ni el lenguaje del viejo conservadurismo, sino que pueden ser, al contrario, aparentemente rompedoras y futuristas.

**I. C. y G. M.:** Una vez más, en *NIR* apuntas a que es necesario “empezar a encontrar los indicios para hilvanar de nuevo un tiempo de lo *vivable*”, en lo que supone el rescate de una convicción con miras a hacernos mejores a través de un pensamiento que se centre precisamente en ello, en hacernos mejores. Al mismo tiempo, este objetivo de un nuevo tiempo *vivable* busca no caer nuevamente “en el rescate del futuro con el que la modernidad sentenció al mundo al no futuro”. Entendemos que estas palabras esbozan la posibilidad de una ética renovada, amparada a su vez en la renovación de un pensamiento crítico. Con todo, también apuntas a que este objetivo, el de un nuevo tiempo de lo *vivable*, no debería responder al monopolio de nadie, ya sea al de una clase social o bien al de unas instituciones determinadas. Luego, ¿significa esto que deberíamos prescindir de cualquier proyecto de futuro político en términos institucionales? ¿consideras que esbozar proyectos de futuro relativamente definidos supondría una potencial monopolización de aquello que pueda articular la comunidad? Si no fuera el caso: ¿cuál sería el perfil de tu proyecto de futuro?

**M. G.:** Yo no tengo proyectos de futuro. Me interesan más las transformaciones en curso, la lógica de lo inacabado. Tampoco creo en “lo nuevo”. Nueva ilustración radical se refiera a ilustración radical, de nuevo. Es decir, apela a la reiteración y a la perseverancia como modos de impulsar un devenir transformador. Siempre me han asustado los planificadores de futuro, sean de la disciplina que sean. Las instituciones, en este sentido, tampoco describen una realidad única.

En tanto que posibles planificadoras de nuestros futuros, me despiertan muchas sospechas, pero como articulaciones abiertas de nuevos modos de vivir unos con otros son imprescindibles. Creo que hablar de “las instituciones” en general no tiene sentido. Toda forma de articulación colectiva de un modo de actuar a partir de unos ritmos, unos compromisos explícitos y unas pautas asumidas como válidas es una institución, desde una asociación pequeña hasta un ministerio. Tampoco hay que confundir el sistema de partidos, con el que sí que soy muy crítica, con las instituciones. Hay mucha vida institucional y política que no es el sistema de partidos. Necesitamos explorarla y ampliar sus márgenes y su porosidad social.

**I. C. y G. M.:** Al hilo de la pregunta anterior, nos gustaría centrarnos brevemente en tus proyectos personales, tanto en aquellos -digamos- individuales como en los colectivos; concretamente estamos pensando en tus publicaciones en *Espai en Blanc*, una propuesta que -siguiendo lo que se comunica en su respectiva página web- se define como “una propuesta colectiva dispuesta a abrir agujeros en la realidad” entre el activismo y la academia. ¿Cuál ha sido la función de este espacio como colectivo? Asimismo, entendemos que esta propuesta articula un contenido no solamente político, sino también artístico: nos referimos en particular a aquello que *Espai en Blanc* llama un “*arma para intervenir en el actual combate del pensamiento*: el presentimiento: (el subrayado es nuestro); por tanto, ¿tiene cabida en *El Presentiment* una función o intención artística?

**M. G.:** Toda experimentación incorpora planos de experiencia diversos, si entendemos que la sensibilidad no está compartimentada en disciplinas. *Espai en Blanc* nació de la necesidad de movernos libremente sin fronteras disciplinarias y más allá o más acá de la separación teoría / práctica. Para mí ha sido y sigue siendo una escuela imprescindible de vida y de pensamiento, un lugar común en el que aprender a pensar juntos a través de propuestas muy humildes pero muy libres. También me ha servido para experimentar otra relación entre el yo y el nosotros, entre el individuo y la colectividad que no son excluyentes ni, por el contrario, impuestos. La tensión abierta entre la singularidad de cada persona y de cada forma de pensar y de expresarse con la necesidad de que esta singularidad pueda ser recibida por otros y puesta en común es la base de toda vida cultural, ética y política.

**I. C. y G. M.:** A manera de síntesis de los aspectos tratados, y siguiendo la motivación básica de nuestra publicación: para ti, ¿qué queda de la posmodernidad?

**M. G.:** Queda lo inacabado de sus apuestas, aquello que nos han dejado por pensar y por realizar. Para mí, básicamente, no hemos resuelto cómo pensar la diferencia libre de identidad ni cómo hacerlo desde una experiencia realmente abierta a la reciprocidad existencial y política con “el otro”.